

Del Profesor doctor Carlos Brito Foresti

CONFERENCIA LEÍDA EN EL CLUB Y SINDICATO MÉDICOS EL DÍA
6 DE JULIO DE 1929

Un año ha transcurrido ya cuando en las primeras horas de la noche del día 6 de julio, dejaba de iluminar con sus destellos, la estrella más brillante de nuestra Facultad de Medicina, el cerebro médico más perfecto del Uruguay.

¡Cuántos y cuánto le hemos notado de menos en el año que acaba de marcar tan triste fecha!

La muerte eligió para herirlo el órgano vocal que impulsado por su maravilloso cerebro, esparcía a chorros su enseñanza insuperable. Perdida para siempre su voz; pero conservada en nuestra alma como un recuerdo tan querido como el de las canciones que oyéramos en nuestra infancia.

El 17 de abril, después de efectuar unas visitas médicas, se dirigió al Hospital Maciel donde le fue realizada una intervención quirúrgica indicada por el mismo maestro. Al regresar a su casa, permanece de pie hasta el anochecer, y al buscar reposo en su lecho exclama: *“Ya no me levantaré más!, de aquí al cementerio”*. Por la primera vez se sintió en la imposibilidad de seguir cumpliendo sus tareas cotidianas.

Tuvo desde el primer momento, conciencia neta de la gravedad de su mal. Su rostro expresaba el sufrimiento de un organismo presa de un mal que desgraciadamente no podía detenerse.

Aceptó la situación con serenidad y coraje admirables. Soportó sus torturas con grandeza de alma. No sólo no temía la muerte: la deseaba.

Al despedirse, terminadas nuestras visitas, lo hacía con una sonrisa melancólica que exteriorizaba la angustia de su alma. No ignoraba el maestro la evolución fatal y próxima de su enfermedad. Cuando hizo entrega a la imprenta en el mes de febrero, de los primeros originales de sus trabajos para los *“Anales del Instituto”* recomendaba apuro en su preparación.

-Como se le observara que era un tomo demasiado voluminoso para poder aparecer en el mes de mayo como era su deseo, manifestó una seria contrariedad. Al hacer entrega de las pruebas corregidas insistía siempre sobre la pronta impresión de la memoria del primer año del Instituto, que desgraciadamente, bajo su dirección, debía ser la primera y última. Dos o tres veces le dijo al señor Prosecretario de la Facultad: *“Apúreme todo lo que pueda el trabajo, pues si no está*

pronto antes de junio, no lo veré; deseo que la obra esté terminada antes de mi muerte". Fue a la misma persona que al comunicarle la licencia que le otorgaba el Consejo, le declaró: *"Me dan seis meses de licencia y no tengo vida nada más que para dos"*. Pero tuvo la satisfacción de ver realizada su tan anhelado deseo; recibía los primeros ejemplares el 13 de junio casi en el mismo instante en que las bocinas y el pueblo delirante festejaban la victoria de los olímpicos en Amsterdam.

Hasta en sus últimos momentos y con una tranquilidad impresionante confeccionaba la lista de las instituciones científicas a las que habrían de ser remitidas un ejemplar, no olvidándose al hacerlo de las correspondientes dedicatorias a los miembros que más se habían preocupado por la marcha del Instituto.

El día anterior a su deceso, pronunció la terrible frase: *"Entre hoy y mañana me voy"*. Y desgraciadamente tal cual lo predijo, llegó el momento fatal en que se aniquilaba la fuerza que hacía pensar a aquel cerebro privilegiado. Aquel gran corazón desbordante de cariño para todos, no palpó más.

La tarde del 7 de julio, tarde primaveral, lanzando el sol sus últimos rayos, en medio de un ambiente impregnado de dolor, marchaba el cortejo en solemne silencio, encabezado por el señor Presidente de la República y formando parte toda la Universidad, los colegas, amigos y muchos de los que fueron sus clientes. El féretro era llevado en hombros por los estudiantes, rodeando así esa fuente inagotable de sabiduría, de la que no oirían más sus espumosas cascadas.

El adiós último al maestro querido fue conmovedor. Todos dibujaban en su rostro la pena y tristezas más puras. Quedaban solos los restos de aquella gran figura.

Decía Bécquer: *"Dios mío qué solos se quedan los muertos"*... Si solos se quedan los que se van, solos quedan también los que hoy profesores, tuvieron ayer a Ricaldoni como maestro; solos quedan los estudiantes con la partida eterna del sabio, difícil de sustituir, y solos quedan la sociedad y el cuerpo médico, cuyos miembros han exclamado más de una vez: *"Si viviera Ricaldoni!"*

He sido honrado por el selecto núcleo de colegas que integran el Sindicato y el Club Médicos, al pedirme que mi voz, voz de uno de sus discípulos fuera oída en este acto sencillo pero sublime, para recordar en el primer año de su deceso, la personalidad inmortal de Ricaldoni.

El momento de llorar su pérdida fue inmenso. Hoy como ayer, lo lloraremos siempre. Pero en este otro momento en que su imagen perdurará en el Club Médico, mi misión es otra. Es rendir homenaje a

la memoria del brillante hombre de ciencia, al maestro insustituible, a un gran y noble corazón, al caballero ejemplar, a una de las figuras más descollantes de la intelectualidad nacional.

No soy orador ni escritor. Imposible por otra parte de estudiar completamente su personalidad; sería necesario para ello un libro. Pero cuando se trata de tributar un homenaje a la memoria de Ricaldoni, todo aquel a quien se le honra para que hable, debe hacerlo. Que hable como pueda, pero que hable. Así hablaré yo.

Lo que vais a oír, sobre el querido maestro es un recuerdo franco, sincero y leal de su personalidad, escrito en lenguaje sencillo, con palabras que expresan la más pura verdad, nada más que la verdad.

Ricaldoni ingresó a la Facultad de Medicina al cumplir 17 años. Fue un estudiante modelo, distinguiéndose desde la iniciación de su carrera por su inteligencia precoz, por el amor al trabajo y por el riguroso método que empleaba en sus estudios, granjeándose así lógicamente, la estima y el elogio de sus profesores. Fue alumno interno de las clínicas médica y quirúrgica dictadas por los profesores Pedro Visca y José Pugnalin, en el Hospital Maciel. Escaló espléndidamente los peldaños de su brillante carrera, sin causar el menor asombro, tan manifiesta era ya su superioridad intelectual, obteniendo el título de Médico en el año 1890. Con una instrucción sólida y bien disciplinada, siempre con tendencia a perfeccionar sus estudios, era lógico, era natural que llegara muy pronto al profesorado en aquellos tiempos en que eran contadas las celebridades. A los tres años, en efecto, era incorporado, y para no abandonarlo jamás, al cuerpo de profesores de la Facultad.

Profesor sucesivamente de Materia Médica y Terapéutica, de Patología Interna, de Clínica Médica, y últimamente de Clínica Neurológica en el Instituto de Neurología para él creado, Ricaldoni perteneció a la serie de los elegidos poniendo su maravilloso cerebro al servicio de la juventud estudiosa. Dotado idealmente para la enseñanza, reunidos en él prodigioso talento, vastísima erudición, admirable pedagogía, Ricaldoni parecía predestinado por la naturaleza al profesorado.

Dictaba interinamente el curso de Materia Médica y Terapéutica, el doctor Heguy. Se llama a concurso para proveerlo en propiedad, presentándose como único aspirante, el doctor Ricaldoni. Presidía el Consejo el entonces Decano doctor Elías Regules, siendo consejeros entre otros, los doctores Scosería y Carafí. Habiéndose presentado un solo aspirante, se resuelve en virtud de las leyes vigentes, llamar nuevamente a concurso de oposición.

Se desencadena, sin embargo, un reñido debate al tratar la provisión interina. Resulta triunfante Ricaldoni, gracias a la defensa heroica y valientemente sostenida con argumentos sólidos y reales por el reputado profesor doctor Scosería contra el resto del Consejo y contra la manifestación hecha por el doctor Carafí: *“que la Facultad de Medicina no debía convertirse en un Asilo Maternal”* - refiriéndose a la juventud de Ricaldoni.

En su nota de aceptación el cargo, escribía: *“Me esforzaré con toda mi voluntad, para corresponder a la inmerecida distinción de que he sido objeto”*.

El deseo de dar fiel cumplimiento a su promesa, lo demuestra la comunicación dirigida al Rector de la Universidad, en el mes de octubre de 1892, en la que solicita la prórroga del curso, en virtud de haberle sido imposible completar, por falta de tiempo, las lecciones necesarias para poder dar por terminado el estudio de la asignatura a su cargo, por la próxima clausura de los cursos universitarios. Se expresaba así: *“El ingreso a la Terapéutica de los numerosos medicamentos que han dado a luz en estos últimos tiempos los laboratorios de química, me han obligado naturalmente a ensanchar el programa de la asignatura, puesto que no me era dado prescindir en absoluto del estudio de aquellas sustancias que aunque caídas recién bajo el análisis de la ciencia, forman ya parte importante del grupo de medios de que se sirve para el cumplimiento de su objeto el arte de curar. La novedad del asunto, la falta de clasificaciones completas que se permitieran con un pronto examen, calcular el tiempo que me llevaría la exposición sucinta de los conocimientos adquiridos al respecto de los más importantes entre aquellos medicamentos, ha sido causa que a esta altura del año quedara sorprendido ante el cúmulo de materiales que aún me resta por agotar, para llenar en sus líneas principales el programa que debía trazarme.”* Así en esta forma laboriosa y honesta debutaba y cumplía sus promesas el novel profesor.

A los tres meses de haber iniciado sus clases, las lecciones dictadas llegaron a adquirir tal brillantez – recordadas hoy mismo por algunos – que el mismo doctor Carafí no pudo menos que exclamar: *“El joven vale”*.

Tres años después, el 1º de febrero de 1894, era designado en propiedad, profesor de la expresada cátedra. Al doctor Scosería debe la Facultad de Medicina la incorporación al profesorado de un hombre de ciencia que debía ser más tarde su más eminente representante.

El 30 de junio de 1899 es trasladado a la cátedra de Patología Interna. Desplegó en el curso de Medicina durante varios años, como lo había

hecho en Terapéutica, su vigorosa erudición, demostrando que la enseñanza teórica adquiere valor, rinde sus frutos, cuando es profesada por un ilustre maestro. Vibrarán aún en muchos oídos como en el mío las maravillosas y magistrales lecciones sobre los más diversos temas de patología médica, eligiendo siempre para sus disertaciones los que fueran de actualidad o los que se hallaran en plena revisión. Revestía su enseñanza de una nota tan personal que la señalará siempre como una de las épocas más notables de nuestra Facultad.

Llega un momento, en el año 1907 en que a la vez que la cátedra de Patología Interna pasa a sustituir temporalmente – y a propuesta del entonces Decano, el reputado profesor doctor Augusto Turenne – en su clínica médica, al talentoso profesor doctor Pedro Visca del que fuera su discípulo predilecto y luego en 1912 por el fallecimiento de este eminente clínico, es designado para regentear dicha clínica en propiedad.

Desde sus primeras lecciones pone de relieve su formidable experiencia clínica, su notable facilidad de asimilación, su dominio absoluto y extraordinario y la gran fineza de observación. Demuestra ser el gran y verdadero clínico. Llega al diagnóstico basado en los medios puramente clínicos. No despreciaba, no, ninguno de los otros procedimientos; sea los exámenes de laboratorio, sea la radiología, pero los empleaba como complemento de información o de confirmación del diagnóstico. Con un interrogatorio minucioso y prolongado, insistiendo sobre lo que llamaba el *“signo indicador”* ante las respuestas a veces confusas del enfermo; analizando los principales síntomas, sin perder un detalle; investigando con su semiología impecable los signos físicos, coordinaba luego los datos primordiales obtenidos efectuando una soberbia síntesis. Se diría que había disecado al paciente, llegando así con una notable precisión a establecer el diagnóstico que parecía emerger espontáneamente. Exponía el examen efectuado con palabra fácil, elegante, a veces pintoresca, cuando quería hacer resaltar un dato importante.

La claridad de su disertación era transparente como el cristal. Con una dicción impecable improvisaba esas brillantes lecciones clínicas revistiéndolas de un sello tan original, exhalando un perfume tan exquisito que constituía un hondo placer el oírlo.

Siempre activo, siempre laborioso, publicó interesantes trabajos, recibidos con atención y provecho por el mundo científico. Y sí encantaba su dicción admirábamos aun su prestigio, su talento de escritor. El volumen sobre las enfermedades del hígado, el estudio sobre los estados leucémicos y paraleucémicos, sobre la encefalitis letárgica, los capítulos redactados en la memoria de los Anales de

Neurología, y muchos otros bien conocidos, son y serán siempre páginas deliciosas que se leen ávidamente.

En sus publicaciones no se sabe que admirar más, si sus vastos conocimientos o la belleza y la precisión de su método. La delicadeza de su pluma, la belleza del estilo, su prosa tan poética como la poesía misma, lo hacen tan personal que es difícil que el lector desconozca al autor.

Al ocupar la cátedra de Clínica Neurológica – magnífica coronación de su carrera médica - sacrificó su reposo y su salud para realizar desde el primer año de su funcionamiento, el trabajo formidable que se había impuesto. Cuando llegó así a la cumbre más gloriosa, indiscutiblemente bien merecida, cuando su maravillosa actividad cosechaba los frutos de un trabajo incesante, cuando todos esperábamos ansiosamente y teníamos la seguridad de oír nuevas y valiosas lecciones, originales como todos sus trabajos, que cimentaran más su grande y reconocida reputación dentro y fuera del país, la muerte se ensañó, negándole el tiempo para cumplir las legítimas esperanzas que la medicina nacional había depositado en su más insigne representante.

Porque el Maestro, señores, grande y único en nuestro medio, fue reconocido eminencia mundial. *“Uds tienen a Ricaldoni”*; así se han expresado especialidades extranjeras. Y como clínico hubiera sido una de las primeras figuras en cualquier Facultad europea, él, que dominando en absoluto la medicina, no era especialista en nada y era especialista en todo.

Formó parte del antiguo Consejo de Instrucción Secundaria y Superior, al que prestó su invalorable concurso. Luego, sancionada la ley que creó los Consejos Directivos de las Facultades, fue electo por parte del profesorado, miembro del Consejo de la Facultad de Medicina.

La iniciativa de la fundación e instalación en nuestro país del Instituto de Radiología, es debida en primer término a Ricaldoni, quien en su carácter de consejero esbozó tal propósito al entonces Decano el ilustre doctor Manuel Quintela, el que conociendo ya la buena acogida que tendría ante los Poderes Públicos, llevó al seno del Consejo esa iniciativa. El Consejo prestó su cooperación entusiasta iniciándose de inmediato las gestiones pertinentes a la adquisición en Europa de medio gramo de radium, y la fundación al mismo tiempo del Instituto de Radiología, dependiente de la Facultad.

Consecuente con lo manifestado por Ricaldoni, el Poder Ejecutivo prestó el mayor apoyo a esa gestión, patrocinándola ante el Cuerpo Legislativo el que poco tiempo después, *el 20 de diciembre de 1912,*

sancionaba la ley destinando \$ 60.000 para la instalación del Instituto.

El Uruguay debe a Ricaldoni, ser el primer país sudamericano que contó con tan precioso agente terapéutico. Al asumir por primera vez el honroso cargo de Decano de la Facultad de Medicina para el que fuera electo por unanimidad de votos en febrero de 1915, lo hizo como profesión de fe de tal investidura, en los términos siguientes: *“Que desea cumplir el deber de expresar su agradecimiento bien sincero a los señores miembros del Consejo por la alta distinción de que lo han hecho objeto al concederle sus votos para el cargo de decano de la Facultad.- Al aceptar este cargo, asaltado por mil temores, nada quiere prometer personalmente; pero una cosa afirma, y es que cuando se convenza de que sus fuerzas no están a la altura de sus deberes, pedirá sin tardanza al Consejo que le sustituya en su puesto. De la indulgencia de sus colegas espera tolerancia para los comienzos vacilantes de su actuación; de la ilustrada colaboración de ellos mismos espera el apoyo indispensable para consolidar la obra de progreso llevada a cabo por sus distinguidos antecesores. No duda que llevando cuenta de que la agilidad del tiempo exige que se le calcule por minutos y no por años, todos se esforzarán en los debates y fuera de ellos, por abreviar trámites y por evitar incidencias y discusiones ociosas, -sin que esto implique sacrificar en ningún momento, nada de lo que pueda dar serenidad y ponderación a sus decisiones. Hombres de ciencia los que componen el Consejo sabrán alejarse de la Quimera, para batirse tan sólo por la realidad; hombres de ciencia no arrojarán la semilla sino sobre terreno fecundable, no destruirán sino para reconstruir. Pero hombres también de sentimientos, sabrán anteponer a cualquier otro el sentimiento de justicia, que ninguna preferencia de orden secundario vendrá nunca a perturbar”.* Terminaba esta hermosa alocución pidiendo un voto de aplauso para el Decano cesante, doctor Manuel Quintela.

He aquí expuestas en forma tan elevada y noble las ideas preliminares de la intensísima labor que luego iba a desarrollar el sabio Decano de nuestra Facultad, destacándose como organizador de primer orden. Hombre de progreso, no se detenía ante ningún obstáculo cuando se trataba de defender ideas de naturaleza a servir el interés de la Facultad. Resulta tarea imposible, reunir en pocas palabras toda la labor científica, cultural y administrativa realizada durante su decanato. Necesario será, pues, limitar nuestro análisis a los puntos más trascendentales de su vasta obra.

Son, en primer término los *“Cursos y Conferencias libres”* que anticipándose a la ley de las Cátedras Libres – que luego sancionara el Parlamento – implantó en la Facultad, consiguiendo de ese modo y permitiendo a distinguidos profesionales mantenerse en estrecho contacto con la Facultad y ofreciendo a los estudiantes la oportunidad

de perfeccionar los estudios sobre variados temas de actualidad en las distintas ramas de las ciencias médicas.

Pugnó desde la iniciación de su decanato, por la creación de la *“Escuela de Medicina Experimental”* la que una vez convertida en ley no pudo nunca funcionar por falta de recursos, pues los arbitrados para ella se hallaban afectados por otras necesidades de la enseñanza general.

(El Parlamento por gestiones del actual Decano, doctor Navarro, acaba de sancionar dicha Escuela con los recursos necesarios).

Como estímulo a la producción científica, estableció los *“Concursos de tesis”*, que la obligación en el doctorado había sido suprimida por ley. Se conocen los felices resultados obtenidos.

Hizo la reglamentación de las *“Becas anuales”* mediante concursos. La implantación del *“Internato”* fue una de sus más ardientes preocupaciones. A su juicio facilitaría a los alumnos una excelente oportunidad para poner en evidencia su aprovechamiento en los estudios, y de afirmar la propia superioridad.

Con este fin presentó al Consejo el *“Reglamento de alumnos internos y externos de las Clínicas”* que tendía, no sólo a impedir que permanecieran ignorados los que tuvieran y conservaran en germen las cualidades intelectuales para brillar, sino también recompensar el esfuerzo inteligente y tesonero asegurando en todo momento el triunfo de los mejores, preparando y fomentando así la ciencia médica nacional.

Tomando en consideración un proyecto que en unión con el doctor Manuel Quintela había formulado cuatro años antes relativo al nombramiento de Profesores Agregados –proyecto basado en parte sobre la reglamentación y creación que veinte años antes implantara el actual decano doctor Navarro y que fue sancionado en 1915, incorporó al profesorado de la Facultad, a un selecto grupo de médicos destacados.

La biblioteca de la Facultad fue también reorganizada y enriquecida, dotándola de un importante catálogo sistemático de obras y otro, no menos importante, de tesis.

Las Escuelas de Odontología y de Farmacia –anexas a la Facultad– experimentaron sensibles progresos principalmente la primera que fue reformada notablemente. La mencionada *“Sección de Odontología”* era, en efecto, hasta entonces una simple dependencia de la Asistencia Pública, cedida a la Facultad con fines de enseñanza. La escasez de recursos no había permitido otra cosa. Pero un

convenio con la Asistencia Pública en virtud del cual dicha institución otorgaba una determinada subvención mensual a la Facultad hizo que ésta se hiciese cargo por completo de aquella Sección.

Desde ese momento fue trasladada a un local de la Facultad, se la dotó del mobiliario necesario y se nombró al personal docente, técnico y administrativo.

Consiguió que nuestra Facultad conquistara el aprecio y la distinción de las universidades extranjeras, mediante el *“Intercambio de Profesores”* realizado por medio de un proyecto que tuvo especial acogida por la Argentina intensificándose así las cordiales relaciones de las Facultades rioplatenses. Dicho intercambio que mereció también el apoyo de los Poderes Público, existe hoy con Chile. Otra oportunidad de intercambio intelectual y esta vez con los centros científicos del mundo, se debe a los *“Anales de la Facultad”* prestigiosa publicación que sobre un proyecto del Decano anterior, hizo efectivo y puso en práctica el Maestro. En dicha publicación han colaborado y colaboran los hombres más eminentes de la ciencia francesa y de otros países, nuestros maestros y médicos reputados. Actualmente es un valioso exponente de nuestra literatura médica.

Deseó más aún. Su inteligencia abierta a todas las manifestaciones del arte, no consideraba suficiente el progreso puramente científico de la Facultad. Entusiasta admirador de la Francia, cuna de la civilización y de la libertad, partidario de su escuela médica, su ilustración era vasta aún fuera de la medicina. Poseía un sentido artístico refinado, apreciando en su justo valor la música, pintura y literatura. De ahí su deseo de ver emanar de la Facultad esa faz cultural que la elevara al nivel más alto posible donde fuese ella indiscutida y proclamada *“señora de la Verdad y el Bien”*.

“Quería que la Facultad predicase no sólo una ciencia médica, sino también una moral médica. Estudiar la técnica médica es fundamental, pero lo es igualmente educar los sentimientos, tendiendo a que el médico luzca en su alma las cualidades más nobles y más bellas. Hacer respetable la investidura que se lleva ¿no es honrarse a sí mismo?” Fueron estas ideas las que dieron motivo a la institución y luego a la realización de *“Conferencias literario-musicales”* que se verificaron en el Salón de Actos Públicos de la Facultad durante su primer decanato, por aprobación unánime del Consejo sin duscusión ociosa y por moción del señor Consejero doctor José Scosería.

Amante así de lo bello el Consejo aprobó su proyecto sobre *“Decoración de los edificios de la Facultad”* tendiente al mismo fin educativo. Decía entre otras cosas en su informe: *“La Facultad de Medicina, podría objetarse, no tiene por objeto enseñar arte, moral o*

literatura, sino medicina. Y bien, sí, no tiene ese objeto expreso, pero - aún prescindiendo de que la medicina no es sólo la estricta medicina, sino también todo lo que la inteligencia humana abarca - eso mismo que se pretende excede su objeto, muy lejos de perjudicarla, la mejora”.

“Siendo ello así, y pudiendo obtenerse ese resultado fácilmente, sin que se entorpezca la enseñanza principal, no se ve qué motivos serios habría para repudiar la extensión de la cultura que he preconizado dentro de la Facultad”.

Al considerar las grandes responsabilidades y dificultades en la dirección de un organismo tan complejo como lo es el de la Facultad, creyó conveniente la realización de *“Reuniones anuales del Profesorado”* incluyendo una disposición según la cual los estudiantes de la facultad serían oídos en la reunión de profesores. Se prestaría así un asesoramiento al Consejo Directivo. Deseaba además hacer más frecuentes e íntimas las relaciones entre las autoridades y profesores de la Facultad por una parte, y los estudiantes que a ella concurren, por otra. Quería siempre un contacto cordial con los estudiantes; así lo había hecho ya reservando a ellos en los Anales de la Facultad, la *“Página de los estudiantes”*. Y este contacto cordial debía existir hasta el último instante de la vida universitaria. No creyó superfluo volver a ceremonias antiguas implantando el *“Juramento de los graduados”*.

He aquí sus palabras: *“La partida en silencio es cómoda, es “práctica”, pero es profundamente desalentadora. Se ingresa a la Facultad con fiebre, con entusiasmo; la novedad del ambiente, la curiosidad exaltada hasta el paroxismo, los misterios que van a revelarse, son esos momentos fuentes de múltiples y grandes emociones; pero se llega al fin y todo es seco y frío... Es que se abandona quizás el templo de la desesperanza? No, no es así, y porque no lo es, se justifica la fiesta solemne de la Colación de grados, de la que me pareció complemento indispensable el “Juramento de los graduados” que, en fórmulas breves pero categóricas, recuerda precisamente aquellas leyes de la probidad y del honor”.*

Gestionó y obtuvo del Consejo de Administración Departamental la donación de una considerable fracción de terreno situado en los jardines del Prado con destino al cultivo de plantas medicinales.

Al finalizar su segundo decanato proyectó – sin que pudiera llegarse a estudiar por completo por parte del Consejo Directivo – la creación de la Academia de Medicina, la reglamentación sobre bases modernas de las funciones de los laboratorios, la provisión de cargos, el estímulo y premio a los profesores, profesionales y estudiantes, la institución

definitiva y amplia del intercambio universitario, y muchas otras reformas imposibles de enumerar en este momento.

Adoró siempre la Facultad. La consideró y la colmó de atenciones; y su visión de grandeza futura se halla consignada en las siguientes frases con que termina el informe de uno de sus períodos del decanato, elevado al Rector. *“No he soñado, he visto. Y después de ver, creo.- Creo en los viejos maestros de nuestra Facultad, entregados a su ciencia con la más abnegada y ejemplar dedicación; creo en la juventud admirable que marcha hacia las Cátedras, resuelta, con soberbia fe, a ocuparlas con honor, y creo en la juventud, llena de talento, que se agita en nuestras aulas. Creo en la influencia cada vez mayor y más perfeccionadora del ambiente. Creo en la futura grandeza de nuestra Facultad”.*

Pero no fue solamente el maestro original e inimitable, no fue el profesor tan querido como admirado, no fue aún ocupando el decanato que Ricaldoni fue grande en su patria.- Los que hemos estado siempre a su lado, pudimos apreciar las grandes cualidades que contribuyeron a hacerlo venerar y respetar.

Hombre completo, de honorabilidad, rectitud y bondad reconocidas. La integridad de su carácter e independencia de su persona las mantuvo siempre puras e intactas. Ricaldoni tenía bien arraigado el sentimiento del deber y lo cumplió siempre con toda lealtad. Jamás solicitó honores y títulos; las honrosas distinciones de que fue objeto marchaban por sí solas a su encuentro para consagrar su valer y autoridad. Vinculado desde su juventud a la enseñanza, despreció siempre otros cargos que dentro de la política- de la que en principio siempre permaneció alejado – podía fácilmente haber ejercido. – Sus relaciones con los hombres de Estado fueron utilizadas pura y exclusivamente a favor de la Facultad y de la ciencia.

Adversa le fue la suerte durante los primeros años en el ejercicio de la profesión. Instaló su primer consultorio, lejos de la ciudad, allí donde estuvo instalada hasta hace poco tiempo la Escuela de Nurses, ocupado el local actualmente por el Instituto de Radiología. Se suceden los traslados en dirección al centro sin mayor resultado. El país ignoraba la existencia en su seno de un talento y virtud médicas que muy luego habían de brillar. Sus discípulos, conocedores de su vasta erudición y convencidos de su gran ilustración médica fueron los primeros en solicitar su asistencia médica, sea para sí mismos o para miembros de su familia y tratando que las amistades o relaciones fueran atendidas por el eminente médico. *“Que lo vea Ricaldoni”* era la frase usual. Así comenzó a ser conocido el clínico ya indiscutido, que diariamente, en terreno cada vez más firme adquiría sólida reputación entre los enfermos y sus colegas.

Abriéndose paso, iba entrando triunfante en la ciudad. El doctor Scosería le dijo: *“va conquistando el centro”*. La conquista la realizó rápidamente, pues la sociedad comprendió al fin que podía depositar ciegamente su salvación en manos de uno de sus más ilustres médicos.

Alcanzó así todos los triunfos que un médico puede anhelar, y los consiguió por su propio mérito, por el prestigio de su inteligencia.

Es cierto que su manera de ser, algo frío, reservado, desconcertaba a los que por primera vez debían consultarle. Pero bien pronto reconocían todos que esa máscara cubría una bondad infinita, un gran corazón. Y si a sus enfermos, ricos o pobres, buenos o malos, trataba con ternura dándoles siempre ánimo y fe – *“la fe que cura”* - esparcía la afición y la estima entre los colegas y estudiantes, teniendo más de una vez oportunidad de asistirlos, con asiduidad admirable.- En las consultas médicas, siempre correcto, siempre noble, jamás rozó en lo más mínimo las cualidades personales del médico de cabecera. A pesar de su alta autoridad, respetaba siempre las opiniones de sus colegas, manteniéndose al mismo nivel, no deseando manifestarse superior a nadie.

Así fue el Maestro; así fue el Decano. Trabajador tenaz realizó las más altas funciones con la más escrupulosa honradez científica.

Así fue el hombre; así fue el médico. Toda una vida de nobleza y de bondad, todo un ejemplo de dignidad profesional, que debemos seguir médicos y estudiantes.

Por sus excepcionales dotes intelectuales, por sus cualidades profesionales, por la dignidad de su carácter, por la integridad de su vida, por su caballerosidad impecable, Ricaldoni debe ocupar en nuestros recuerdos el sitio de honor. Que su imagen sea colocada como aquí en todos los centros científicos como ejemplo de los que han enaltecido la enseñanza y honrado nuestra profesión.

Los que admiramos el mérito y la virtud, rendimos un justo tributo al maestro. Y si ayer les fueron reconocidos, constituyen hoy su mejor panegírico.

Carlos Brito Foresti.
